

EL CORREO DE LA MODA.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—La estrella de mi destino (poesía), por don Antonio Corzo y Barrera.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—La Juventud, por don M. Capdepon.—Clemencia [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Labores, por idem.—Bibliografía.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurín*, núm. 766.—*Grabado de cañamazo en colores*.—*Figurín de Peinados para la edición completa*.

REVISTA DE MADRID.



ADA de particular ha ocurrido en el espacio que media desde nuestra primera Revista del año 1863 á la que hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestras queridísimas lectoras.

No encontramos un objeto que despierte su curiosidad; no tropezamos con un incidente cualquiera que las fije un momento; no sabemos nada, no hay nada.

Parece que los sucesos están muertos; cualquiera diría que están paralizadas las cuestiones de Estado de la mujer; es decir, los paseos, las tertulias elegantes, y el caprichoso lujo que despliegan en un hermoso día lleno de sol.

En la corte no suele tropezarse por ahora si no con el esqueleto de la chismografía, que se revuelve por todas partes, como una serpiente de incomprensibles enredos.

La Exposición, y nada mas que la Exposición.

No parece si no que no existe en Madrid una Exposición eterna, constante, permanente de todas las cosas.

La Fábrica de tabacos apareció una mañana en la corte ciñendo sus muros con una diadema de fuego.

Las llamas crugían abrazándose desesperadas unas á otras, y rasgando enfurecidas el amazon del edificio.

Fuego! fuego! gritaban por todas partes las campanas y la absorta multitud.

El incendio era un incendio devorador, imponente, fantástico.

¿Quieren decirnos nuestras amabilísimas lectoras si este incendio no es un gran cuadro pintado al humo?

¿En los escaparates de Lardy no estamos viendo

todos los días pinturas delicadísimas hechas al pastel?

¿En el rostro de cada una de mis lectoras no adivinamos todos una Virgen de Murillo?

¿El que es aficionado á las medias tintas, no las contempla mas suaves en las mejillas serenas y en los entornados ojos de una niña inocente?

¿Qué dibujos mas bellos, mas oportunos en la actualidad, y mas deseados en estos instantes, ha producido nunca una paleta en el lienzo, como los que produce ahora una paleta en la lumbre?

¿Dónde existen estrellas mejor pintadas que las pupilas negras de una mujer hermosa?

Indudablemente la Exposición la tenemos en casa todos los días.

El cielo tambien ha vuelto á engalanarnos con una Exposición de nubes, que si no se deshacen en nieve acaso se deshagan en menudas lágrimas.

Nosotros parece que tenemos necesidad de descubrir á nuestras lectoras los secretos del tiempo.

Sin sujetar con las humildes riendas de nuestro poder el ímpetu desenfrenado de los huracanes; sin despertar al sol bajo las doradas bóvedas de la mañana en los envejecidos pórticos del Oriente, y sin sepultarle despues en los umbrosos pabellones del Ocaso, cuando la tarde espira; sin saber lo que quieren decir las hojas secas y las mariposas errantes; sin pintar las neblinas azules con los ideales matices de una aurora boreal; sin dar vida á las flores en el mes de las flores, y sin ser el aire que las marchita ruborizándolas con un beso de amor; sin ser en fin, ni el invierno, ni el otoño, ni la primavera ni el estío, sin crear, por último, esas cosas indefinibles y vagas que el tiempo crea, parece que somos el tiempo mismo.

Somos el barómetro semanal que consultan nuestras lectoras.

Se figuran que el sol cuando se aleja por la tarde nos ha dicho á nosotros si volverá por la mañana.

Somos el lindo almanaque de sus veladores; el fris de sus caprichos, el objeto de su curiosidad.

Acaso la Revista de hoy no les diga nada nuevo; pero de seguro han agradecido nuestra visita.

Los días en la actualidad tampoco nos dicen nada, es decir, nada ofrecen.

Las nieblas que constantemente nos rodean parece que han convertido la capital en una nube gigante.

Vivimos como los pájaros: entre las nubes.

Después de la nieve hemos visto algunas veces el rostro al sol, y han estado bastante concurridos esos pretestos elegantes, de última hora, que se llaman paseos.

Algunas niñas han vuelto á desprenderse por la montaña rusa de los Campos Elíseos, desde donde ofrecen una perspectiva pintoresca las nevadas llanuras que se extienden en aquellos alrededores.

De los Campos Elíseos
En la montaña
Hay un bonito coche
Que sube y baja.
¡Qué tontería!
Por subirse y bajarse
Lloran las niñas.

No busqueis, mis lectoras,
Juegos tan rápidos;
No rodeis en el coche
Que hay en los Campos;
Las niñas buenas
Bueno es que siempre *suban*,
Y no *desciendan*.

Vosotras, lectoras mías, estais ya colocadas hace mucho tiempo sobre el trono de las virtudes y de la hermosura.

¿A qué descender?

A. F. GRILLO.

LITERATURA.

LA ESTRELLA DE MI DESTINO.

A los cielos miré. Ciego y sin guía
Al azar por el mundo caminaba,
Y una estrella busqué cuyos reflejos
De mi destino el rumbo gobernaran.

En medio de la noche tenebrosa,
Envuelta en nubes de luciente plata,
Sus rayos á la tierra dirigía
La triste luna, silenciosa y blanca.

Y en torno de ella, en múltiple falange,
Mil estrellas y mil reverberaban,
En su alternada luz simbolizando
La lucha del temor con la esperanza.

—¿Cuál de vosotras, exclamé, preside
De mi destino á las ocultas causas?
¿Cuál de vosotras con excelsa mano
Ruta constante á mi destino marca?

—¡Ay! contestó una voz desde los cielos;
Yo era tu estrella, y para tí brillaba;
Pero en eterno eclipse me consumo
Desde que otra tu suerte me arrebató.

Por más que quieras contemplar mi rostro,
Vanamente ¡ay de mí! tus ojos cansas.
Tu estrella no está aquí. Mira á la tierra,
Y allí la encontrarás, pura y sin mancha.

Y á la tierra miré, mi dulce prenda;
Y entre las nubes que su brillo empañan
Hallé tus ojos que mi suerte rigen
Alternando el temor con la esperanza.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

III.

De Leonor á Adela.

Acabo de recibir tu buena, tu querida carta, y si vieras, tengo los ojos llenos de lágrimas y las mejillas inflamadas de rubor! ¡Desde que te escribí mi última, han pasado tres meses!... Tres meses! Ahí está la fecha acusadora!... Perdóname, Adela, te lo ruego! Yo no sé como se ha hecho esto!... Llevo una vida tan ajitada! Los bailes, el paseo, el teatro!... Tantas cosas que me sorprenden, que me impresionan, que me fatigan casi...

Ayer, sin ir mas lejos, estuve en las carreras de caballos, y me es imposible explicarte con palabras cuantos encantos tuvo para mí esa diversion al aire libre, ahora que renace la primavera, ahora que la naturaleza se viste con sus pomposas galas...

La plaza del Hipódromo, situada en la Casa de Campo, y rodeada de los árboles gigantescos que decoran este ameno parque, estaba lleno de damas aristocráticas, tan notables por su belleza como por sus ricos trajes.

Era una mañana serena y tranquila, el sol derramaba por todas partes sus purísimos rayos de oro, y

la brisa balanceaba apenas las copas de los árboles, arrancándoles de vez en cuando algunas quejas.

Y qué animación! qué alegría se reflejaban en todos los semblantes! qué hermosos caballos, espléndidamente enjaezados, y también, Adela, debo confesarlo, qué gallardos! qué apuestos caballeros!

Pero no creas que me fijé particularmente en ninguno: estoy casi persuadida de que el amor no se ha hecho para mi corazón; temo que voy á ser como la insensible Niobe de la fábula.... ¿Te acuerdas de aquel bello ideal adornado de virtudes que forjábamos en nuestros sueños?

Pues no veo en derredor de mí á nadie que se le parezca, y hago como la mariposa, que vuela de flor en flor, admirándolas á todas y sin detenerse en ninguna!

Pero volvamos á esa espléndida fiesta, anhelada con tanto afán, que tanto me complació en un principio, y que concluyó dejándome el alma llena de amargura.

¿Serán así todos los placeres de la vida? Son un compuesto de flores y abrojos, me dijo mi tío: aspira el perfume de las unas, y procura esquivar los otros; pero es esto acaso posible, teniendo una imaginación viva, un corazón sensible?

Antes de tomar nuestro coche quisimos ir á visitar el lago, que es un lugar delicioso, lleno de encantos y poesía.

Éramos ocho jóvenes amigas, bajo la custodia de mi tío, y nos esparcimos como una bandada de palomas por aquellos solitarios bosquecillos. Habíamos apostado á cual de nosotras llegaría primero al lago.

Yo fui la que alcancé la victoria.

Llegué rendida de cansancio, respirando apenas, y me senté sobre una piedra.

Un poco mas lejos, sentado también sobre el tronco de un árbol, ví á un joven que contemplaba las undosas y fugitivas ondas, con ademán tan triste, con tal expresión de pesar y desaliento, que me sentí vivamente conmovida.

¡Casi parecía deseoso de buscar un lecho en el tranquilo fondo de aquel lago!... Tenía en la mano una pequeña flor, una margarita de los campos....

De pronto su frente se anubló todavía mas, sus manos se crisparon, y la pobre margarita cayó al agua....

Misterios del destino!

La ribera en donde yo estaba sentada era mas baja, y las aguas trajeron á mis plantas la náufrega flor-recilla.

¿Por qué me abalancé hacia ella? por qué la cogí?...

Pero al quererla secar entre mis manos, ví el movimiento rápido é involuntario que hizo el joven para recobrar su tesoro.

Se lo tendí sonriendo.

Entonces el desconocido se acercó paso á paso, tomó la flor que yo le alargaba, y me dió las gracias con tono dulce y conmovido.

En aquel instante resonaron alegres carcajadas, y ví venir á Margarita, cercada de diez ó doce jóvenes aturdidos.

El desconocido se puso pálido al verla, y quedó inmóvil á mi lado.

—Leonor! gritó Margarita, haciéndome una seña con su pequeño látigo, que en su mano parecía el cetro de una reina.

Me acerqué á ella.

—He llamado á Vd., me dijo sonriendo, para que demos juntas una vueltecita.

—Estoy esperando á mi tío y á mis amigas!

—Una vuelta alrededor del lago... Vé Vd. aquella isleta que hay á la derecha? Vamos á visitarla, y nada mas...

No me atreví á resistirme.

Pero antes es preciso que te explique quién es Margarita. Hija de padres modestos, y que habitan en un pueblecillo, los ha abandonado para vivir en Madrid con una tía, vieja loca, que ha brillado en otro tiempo, y que deseosa de conservar su brillo, se huelga mucho de tener consigo á su sobrina, joven, bella y llena de atractivos.

Margarita es lo que se llama una mujer coqueta; una de esas mujeres que solo sonríen cuando es mas numeroso el coro de lamentos que exhalan sus tristes víctimas; que solo se sienten satisfechas cuando contemplan hacinadas á sus piés las venturas de cuantos las rodean. El mundo suele batir palmas al ver pasar el carro triunfal de estas crueles conquistadoras, pero como siempre hace pagar muy caros sus favores, estos aplausos tienen un eco lúgubre para la reputación del ídolo enaltecido. Margarita, inocente tal vez, es sin embargo una de esas mujeres de conducta dudosa, en las cuales se ensaña á su placer la perversa calumnia.

En aquel momento estaba encantadora, con su gracioso traje de montar, con su sombrerito de fieltro, cuyo velo ondulaba á merced del viento. La coqueta reía con todos, hablaba con todos!... Parecía estar muy alegre y satisfecha!

¿Qué se había hecho entre tanto el misterioso desconocido?

Allí estaba, apoyado en un árbol, fijos sus ojos en nosotros; sus ojos negros que parecían empañados por el llanto.

Sin saber por qué, tenía el corazón oprimido; la bulliciosa alegría de Margarita me hacía daño!...

Por fortuna llegó mi tío.

ANGELA GRASSI.

LA JUVENTUD.

Fracmento de una novela inédita, titulada

TEMPESTADES DEL ALMA.

Sofía acaba de cumplir diez y seis años; edad hermosa en que las pasiones empiezan á brotar como las flores por Abril; en que las ilusiones rodean el alma como un velo misterioso y brillante al través del cual todo es bello, alegre, sonriente y magnífico: cristal ilusorio que cambia el color y forma de los objetos, ocultándonos su esencia, que tan poco nos cuidamos de inquirir.

Parécenos la tierra un vasto y encantado jardín que ciñe el mar como inmensa diadema de plata; mansion venturosa de placeres, porque los hemos adivinado, y exenta de dolores, porque no los hemos sentido.

Y para nosotros ni el cielo tiene nubes, ni la mar tempestades, ni huracanes el viento, ni las flores espinas, ni desengaños el corazón; porque la vida es hermosa como un sueño de amor; alegre como una alborada de primavera, y serena como la mar en calma.

Entretéjense nuestras horas como una guirnalda de flores; brotan los pensamientos en la mente virgen y entusiasta, y propenden hácia un ideal infinito, como el perfume de los prados floridos, que en alas de los céfiros se difunde por los espacios.

Y el amor empieza á nacer en el corazón como germen fecundo y divino que anima nuestro sér; como raudal sonoro cuyas armonías nos embargan; como planta fructífera cuya sombra nos ofrece apacible y regalado reposo; como el primer albor de un nuevo día, de ese día espléndido que llamamos *Juventud*.

Entonces el alegre murmurio de los arroyuelos, el rumor magestuoso de las selvas, los gemidos melancólicos de las auras, los bramidos imponentes de los mares, el fragor tenebroso de las tormentas, el augusto silencio de la soledad, no tiene mas que una palabra para nuestros sentidos, y esta palabra es *¡amor!* Y nuestro corazón la repite por instinto, y ella llena nuestro sér, fascina nuestra entendimiento y subyuga nuestra voluntad.

¡Amor! palabra misteriosa que encierra mas poesía que la creación entera, porque es el germen de la misma creación: emanación divina que anima los orbes como el soplo del Señor.

Sentimiento purísimo vestido de ilusiones y alimentado de esperanzas, combatido por el desengaño y muerto por la realidad.

Misterio de nuestro corazón mas incomprensible,

cuanto mas se estudia, y que es como el radiante sol de la *juventud*.

La juventud sin amor es una primavera sin flores, un bosque sin armonías, un cielo sin astros y un mar sin olas ni murmullos.

Quitad el sol al día y el día no existirá: quitad el amor á la juventud y la juventud habrá muerto. De aquí se deduce que *jóven* es sinónimo de amante, y amante sinónimo de *jóven*.

Vístese el amor de melancolía como de un velo pudoroso, ama el misterio y la soledad como el ruiseñor que busca las sombras de la noche y los parages mas frondosos para exhalar sus dulcísimos cantos.

Vive en el corazón humano como el perfume en la flor. Cuando la flor abre el cerrado capullo empieza á evaporarse el delicado aroma que escondía, y el corazón comienza á exhalar el perfume del amor en la primera mañana de la juventud.

¡Ay de la flor cuyo perfume se ha agotado! ¡Ay del corazón que ha perdido la última de sus ilusiones amorosas!

¡Feliz el alma virgen que guarda intacto el tesoro inestimable de su amor!

Consérvase pura é inmaculada como la nieve que corona las montañas: inocente como la fugitiva mariposa gala y encanto de las praderas, y tranquila como la conciencia del justo.

¿Por qué no es eterna tanta felicidad?

Porque llega la juventud y ama, obedeciendo á esa ley general que rige el universo.

Y el amor que le augura tantos placeres la llena tambien de temores y sobresaltos, y al través de las esperanzas divisa los desengaños. La duda turba su dicha como la nube opaca mancha el azul purísimo de los cielos, y los celos nacen del amor, como las sombras de la luz.

Experimenta placeres nunca sentidos, pero á la vez dolores nunca imaginados la hieren, disipando sus alegrías.

El soplo de la brisa ha rizado la superficie del lago, y sus olas exhalan dulces y armoniosos murmullos; pero la superficie ha perdido su transparente tersura, y ya no refleja la bóveda inmensa del estrelado cielo.

El alma goza; pero ha perdido su tranquila inocencia.

¡Quién sabe si el placer será acaso una de las muchas especies de dolor!

Por eso al par del amor nace en el alma la tristeza, ó mejor dicho, la melancolía.

Por eso Sofía experimenta una sensación extraña y nunca sentida, que la mortifica y la deleita, la alegra y la entristece, la aflige y la consuela.

Sofía ama, pero ¿á quién?

No es fácil adivinarlo: ella misma no lo sabe; pe-

ro ha llegado la juventud, la primavera del corazón y es necesario que se vista de flores.

M. CAPDEPON.

CLEMENCIA.

Continuación.

Los diez primeros años del reinado de Luis Felipe fueron sin disputa los más felices de ambos esposos. Se veían queridos, elogiados; su casa era un centro donde se reunían con gusto el plebeyo rico y el noble arruinado, y todos los habitantes de la ciudad de C... hubieran trocado cien diversiones por las comidas y los bailes del señor administrador. Cierta día corrió el rumor de que iba á ser trasladado á otra provincia, y causó una consternación general: el administrador gozó modestamente de este triunfo, y aseguró á todos sus amigos que no había temor de que les abandonase, que por el contrario se encontraba perfectamente en aquella ciudad, y estaba resuelto á fijarse en ella para siempre, estableciendo allí mismo á sus hijos. Esto nos recuerda que nada hemos dicho aun del ser que era la alegría y el más encantador atractivo de la casa, desempeñando además el principal papel en esta historia.

Mr. y Mad. Ogé tenían dos hijos: un niño de diez ó doce años, que se llamaba Augusto como su padre, y una niña llamada Clemencia que acababa de cumplir quince años. Jámás respondió una hija más cumplidamente á las esperanzas de sus padres! Para ella no habían existido años de transición entre la infancia y la juventud, y á los quince años parecía tener veinte por su extraordinaria prudencia. Alta, esbelta, con cabello castaño y tez alabastrina, poseía los ojos negros y expresivos de su padre, ostentando de su madre el esbelto cuerpo y los labios, para los que parecía haberse inventado la comparación de la rosa; sus menudos dientes, su nariz recta y afilada y sus espesas cejas formaban un delicioso conjunto. Cuando aparecía en un sitio público ó en una fiesta, fijaba todas las miradas y encadenaba todos los corazones, según la romántica expresión de su bondadoso padre. Sus compañeras y amigas estaban á su lado en segundo término y se agrupaban en torno suyo como las primaveras en torno de la encendida rosa. La maledicencia, tan hábil en provincia para encontrar lunares á todo astro naciente no había podido formular contra Clemencia más que una sola frase: «Es demasiado bella.» Una belleza excesiva es en efecto un verdadero peligro en muchas situaciones de la vi-

da! Clemencia había nacido duquesa y no tenía sin embargo fortuna. ¡Cómo encontrar en una provincia marido que le conviniese! A su belleza se unía la desventaja de haber recibido una educación demasada esmerada: poseía la gramática, la historia, y su padre, de quien era ídolo y orgullo, la había enseñado un poco de latín y griego, iniciándola también en algunos misterios de la botánica. Los domingos daba con sus padres largos paseos por la campiña, admiraba la naturaleza, estudiaba alguna planta rara, y su inteligencia volvía adornada de mayores riquezas. Estas escursiones eran tan interesantes para el entendimiento como para el corazón, porque Mr. Ogé, que admiraba á Voltaire, no dejaba por eso de amar á Dios, aunque no lo proclamase tanto! ¡Cuántas veces después de haber asistido á misa con santo recogimiento, seguían un sendero solitario, y ante una flor escondida entre la yerba, salpicada de perlas de rocío, se elevaban padre é hija hasta el Autor de todo lo criado! Y digo padre é hija, porque en estos paseos Mad. Ogé se quedaba un poco retirada entretenida en coger florecillas silvestres para su querido Augusto, y esta división de parejas natural la dispensaba de una lección al aire libre.

El administrador no hubiera hablado además con tanto entusiasmo y tanta poesía en presencia de su mujer, porque sabía que no podía comprenderle: solo á Clemencia se revelaba tal cual era, y de este modo existía entre ellos una intimidad que con nudo estrecho y misterioso enlazaba sus almas, y se comprendían con un gesto, con una mirada. Mad. Ogé amaba también á su hija, pero ejercía siempre á su lado el papel grave y severo, dejando á su marido el tierno y cariñoso. De aquí resultaba una confusión de sentimientos: la madre, para Clemencia, era Mr. Ogé.

Su esposa no conocía la ternura y la exaltación maternal, sino cuando se trataba de su hijo. El afecto tranquilo que dispensaba á Clemencia fué disminuyendo poco á poco, y la joven arrojó la indiferencia maternal con una dulzura, una resignación, que la trasformaban en un ángel, mientras los cuidados inteligentes de su padre la iban convirtiendo en un prodigio. ¡Cosa extraña! á medida que crecía en belleza, en virtud y en ciencia, su madre se mostraba más indiferente, cual si hubiese sentido celos. ¿Quién es capaz de comprender el corazón humano? ¿Por qué Mad. Ogé estrechaba en sus brazos con más efusión á su querido Augusto cuando su marido elogiaba á Clemencia? ¿Por qué en ausencia de su padre la pobre niña se inmolaba á todos los caprichos de su hermano?

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

BIBLIOGRAFÍA.

Tenemos á la vista dos publicaciones muy útiles á las señoras hacendosas, que recomendamos á las madres de familia, y que se venden en la librería de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza del Príncipe Don Alfonso, núm. 8, y son las siguientes.

Agenda de Bufete, ó *libro de memoria y de cuentas, diario para el año de 1863*, con noticias y guía de Madrid.—Precio 8 rs. encartonado, y 14 rs. remitido franco á Provincias.

Agenda de la lavandera y de la planchadora, para 1863.—Un tomito prolongado, que contiene las cuentas para 52 semanas, ó sea para un año.—Precio, 2 rs. en Madrid y 2 y medio remitido franco á Provincias.

TEATROS.

Decíamos en la revista anterior que la comedia del señor Breton de los Herreros *Cuando de cincuenta pases...* era una de las pocas producciones últimamente estrenadas que quedarían en el repertorio de nuestro teatro contemporáneo. Hoy debemos repetirlo, no porque dicha obra sea de primer orden, sino porque hay en ella, á vueltas de graves defectos, cierta facilidad y gracejo, propias de su distinguido autor, que siempre causan agrado al público.

Como lo indica el título, el pensamiento de esta comedia se concreta á que el hombre no debe casarse cuando pase de cincuenta años. Tres derrotas sufridas con otras tantas mujeres por un Marqués que frisa en los cincuenta y siete, llenan la principal parte de la fábula. Esta es pobre en su contextura, y falta de novedad en su desarrollo. No es tampoco muy afortunada la pintura de los caracteres, sobre todo el ambiguo de la criada Manuela. Pero todo esto se hace tolerable en atención á la soltura y gallardía de la versificación que, aunque en muchas ocasiones inadecuada á los personajes y al asunto, rebosa *difícil facilidad* y revela la singular é inimitable manera del autor.

Varios trozos pudiéramos citar, pero nos contentaremos con transcribir dos *letrillas* del primer acto.—D. Gaudencio habla contra el matrimonio de esta manera:

D. GAUD. Que es el mejor estado
dice cierto doctor
el casto matrimonio
si le bendice Dios;

pero ¿y si el diablo al mio
le echa una maldición?
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melon,
que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Si es la mujer celosa,
que mortificación!
Respirar no te deja
ni á la sombra ni al sol.
Si infiel... Ah! los cabellos
se erizan de terror,
Que se case quien quiera
yo no me caso, no.

Mas doy que humilde sea,
que sea casta doy,
¿y si me encuentro luego
con que come por dos?
Y si me sale puerca?
Cielos! esto es peor.
Que se case un demonio:
yo no me caso, no.

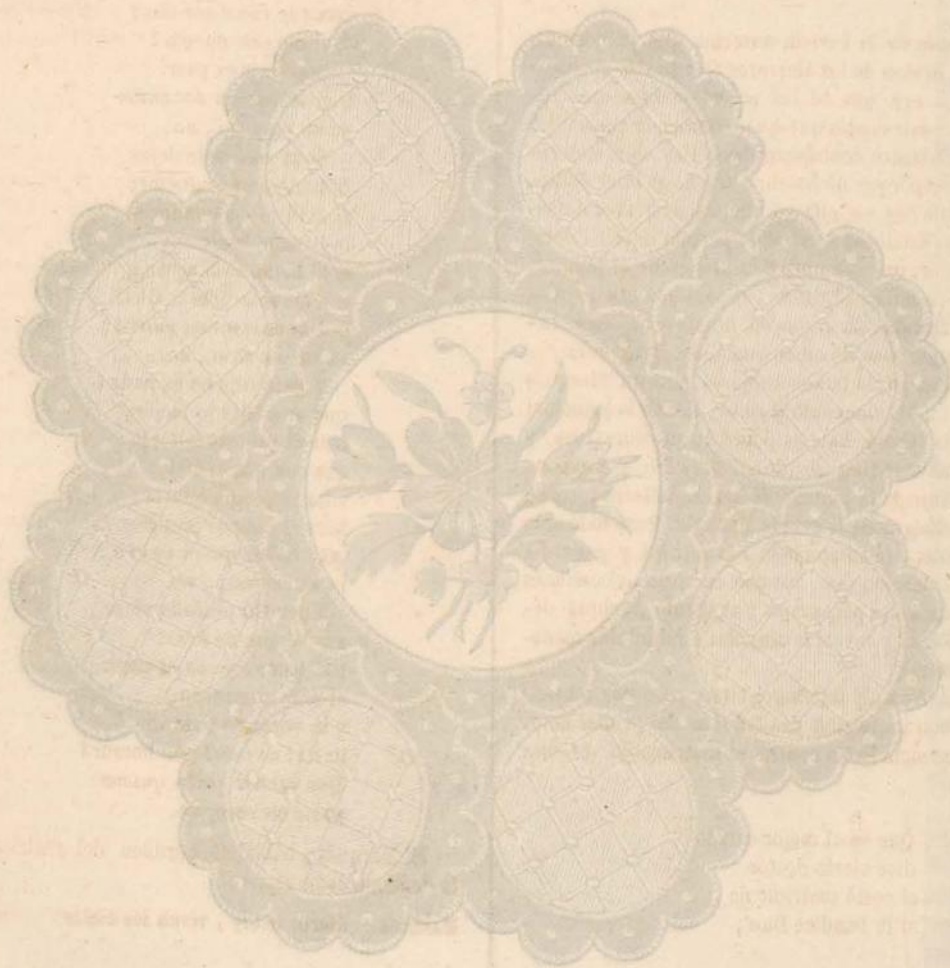
Si en casa te la dejás
la hostiga un seductor;
si al Prado la conduces,
te llaman maricon;
si al baile, te la soban;
si á las máscaras... Oh!!!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Y todo esto no es nada,
que aun falta lo mejor;
falta el primito Alférez
que con ella creció;
falta la suegra adusta;
falta el cuñado hambro...
Ah! cásese quien quiera:
yo no me caso, no.

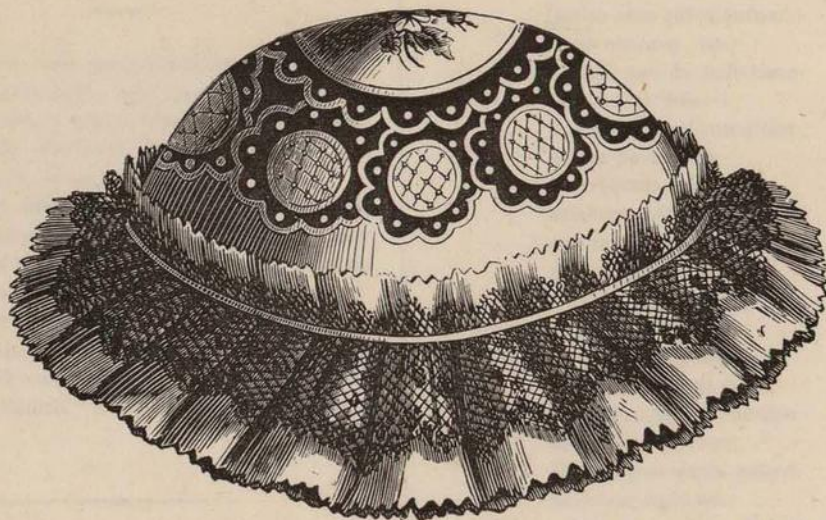
Luego el preñado viene,
ay, Virgen de la O!
y el parto, y con el parto
el zafio comadron,
y la voraz nodriza...
Basta! no mas! qué horror!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

El Marqués, hablando tambien del matrimonio
lo defiende como sigue:

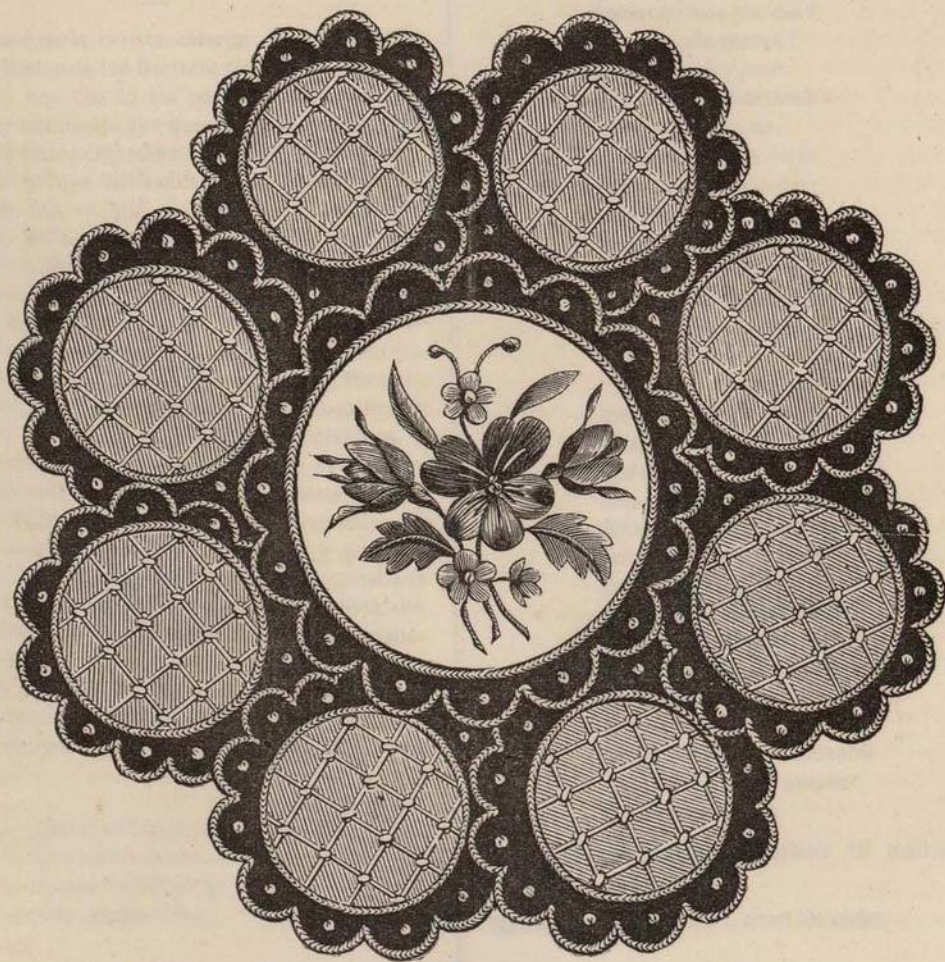
MARQUÉS. Harto estoy, viven los cielos

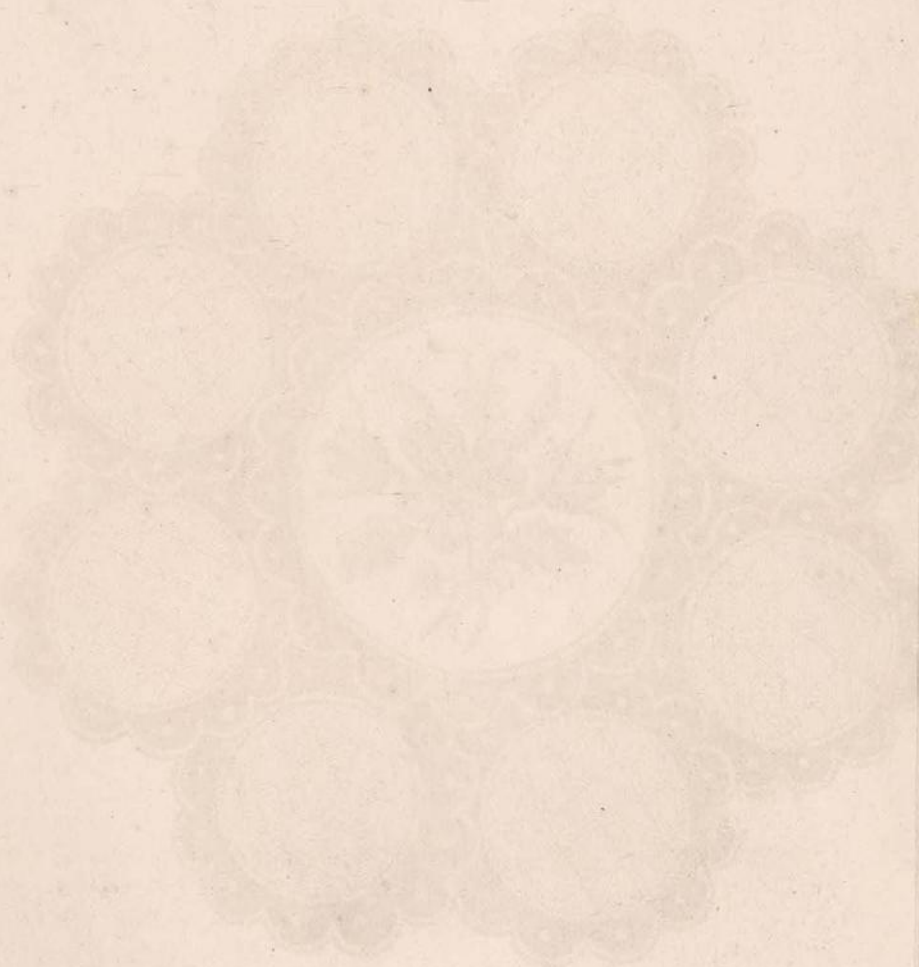


1



2







*Vendues de la M^{me} Gagelin - Succursale d'Alexandrie -
 17, rue de la M^{me} Fouché, M^{me} Gaudin, 17, rue de la M^{me} Fouché.
 Succursale de la Ville de Lyon, Succursale d'Alger.*

Ch. Moitteux & Co

CORREO DE LA MODA
LE MONITEUR DE LA MODE

32, rue de Richelieu, 32.

Ch. Moitteux & Co

*Vendues de la M^{me} de Bisterveld, Succursale d'Alger, 17, rue de la M^{me} Fouché, M^{me} Gaudin, 17, rue de la M^{me} Fouché.
 Succursale de la Ville de Lyon, Succursale d'Alger.*

de andar á salto de mata.
Aunque dé con una ingrata,
y mas que rabie de celos
y haga en Madrid el payaso,
esto es hecho. *Yo me caso.*

Se me atreve la fregona;
me calumnia la tendera;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona;
y eso que nada le taso.
Está visto. *Yo me caso.*

No hay gozo para un soltero
sin afán, sin inquietud.
Hoy naufraga su salud
y mañana su dinero;
y pues ya de niño paso,
decidido estoy: *me caso.*

No me la echará de monja,
al menos, mujer ya mía,
ni estudiaré noche y día
frases de necia lisonja,
suspiros de Garcilaso.
Qué bobería! *Me caso.*

¿No es mejor con mi consorte
dormir como Dios me manda
entre sábanas de Holanda
sin temer al sur ni al norte,
que pasar la noche al raso
por una.... Zape! *Me caso.*

Si soy despues de las bodas
lo que otros... como ha de ser!
Me engañará una mujer;
mas ahora me engañan todas.
Oh! quiero apurar el vaso
de una vez. Ea! *Me caso.*

En la ejecucion de *Cuando de cincuenta pases...* han trabajado con esmero los actores, en particular los señores Catalina, si bien ha sido la señora Diez quien ha sacado los honores del triunfo.

Igual éxito ha obtenido en el mismo teatro del PRINCIPE la distinguida actriz de que hablamos, desempeñando su papel en la preciosa comedia de Tirso, *Mari-Hernandez la gallega*. No han sido menos laudables los esfuerzos de los restantes principales actores.

En *VARIEDADES* se estrenó ha pocas noches una comedia titulada *Dos madres y un solo amor*, original del señor Rada y Delgado. Su escaso mérito ha sido causa de su breve vida en las tablas. Ni en el fondo, ni en la forma sale de los límites de una modesta medianía, por lo cual no ha dejado tras de sí huella alguna en el mundo literario.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

El caprichoso modelo de *Tapiceria* que acompaña á este número, es una de las infinitas combinaciones á que se presta el nuevo punto llamado *del Diablo*, bordado en cañamazo Penélope con lana de Berlín de diez cabos. El punto que presentamos hoy, por el contrario del mas comun que abraza ocho hilos en cuadro, no coje mas que dos de ancho por cuatro de alto, resultando el punto largo y estrecho que marca el modelo: la colocacion de los puntos la muestra el mismo dibujo, como en todos los de tapicería, y los colores pueden variarse al capricho de la señorita que le borde. El punto del contorno no abraza mas que uno de los cuadros pequeñitos, figurando un grueso retorcido.

El destino de este dibujo es para almohadon, banqueta de piano, cabás, y aun indicariamos á nuestras lectoras otra aplicacion puramente de capricho: formar tiras de una cuarta de ancho, y con otras de igual medida de cachemir ó terciopelo alternadas con ellas, hacer un portier para la puerta de un salon ó gabinete elegante. Los colores en este caso deberian jugar con la tapiceria que le adornase.

JOAQUINA G. BALMASEEA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 766.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tul blanco de triple falda con viso de glase de igual color.

Falda primera, salpicada de estrellas de oro, y otras dos encima de tul liso abiertas en delantal y recogidas por pájaros de colores fuertes.

Cuerpo escotado, con draperia floja del mismo tul, y talle redondo con ancho cituron de seda y oro, cerrado con un rico camafeo: otro pájaro semejante á los de la falda va en el centro de la drapería, y un lazo igual al cinturón en el hombro sobre la manga corta de bullon.

Peinado Recamier. — Rizado de sortijillas, que rodea la frente, y levantados por los lados los bandós sobre una gruesa trenza, que forma diadema, en cuyo centro va otro pájaro igual á los que adornan el vestido: termina el peinado por detrás la castaña rodeada de otra trenza, atravesada por alfileres de oro, complemento del aderezo rico de oro bruñido.

FIG. 2.^a TRAJE DE SOIRÉE Ó CONVITE DE GRAN ETIQUETA.—*Vestido de tul blanco sobre otro de glasé, y túnica de seda verde con encajes.*

Falda de glasé, y otra encima de tul, lisas ambas.

Túnica-sotana de seda verde, escotada, abierta en todo su largo en la cadera, y guarnecida esta costura, así como la túnica alrededor, por entredoses de encaje blanco, que figuran almenas. Un ancho encaje negro al borde termina esta distinguida prenda por la falda, así como por el escote una berta rica de encajes blancos y negros.

Peinado Emperatriz de bandós vueltos con las puntas anudadas encima, y los cabos rizados sobre la frente, y por detrás lazo formado por dos grandes cocas, cuyas puntas vuelven rizadas al centro: peina de oro con barbas de encaje blanco á los lados, y sobre los rizos lazadas verdes y sargas de perlas, iguales á las del collar y pendientes.

FIG. 3.^a TRAJE DE BAILE PARA NIÑA.—*Vestido de glasé blanco, rayada la primera falda de cintas de color Magenta, y sobrefalda de tarlatana blanca, bullonada alrededor y sostenido el bullonado con cintas: esta misma combinacion forma berta, y manga corta: completando el traje un ancho cinturón Magenta anudado por detrás con largas caídas. Peinado de sortijillas todo alrededor, sujetas con diadema de cinta Magenta. Botitas de igual color.*

No terminaremos esta explicacion sin llamar la atencion de nuestras lectoras sobre la belleza de ejecucion y riqueza de los trajes de este figurin, que sin mas comentarios presentamos como muestra de los que hemos de repartir en 1865.

Explicacion del Figurin de Peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado Nuevo - Imperio*, compuesto de castaña María Antonieta rodeada de trenza, bandós dobles, y lazadas y bucles sobre la frente.

Ejecútase abriendo raya atravesada y otra en el centro, separando cada parte del rizo en dos mitades: con cada una se ejecuta un bandó en sentido encontrado, haciendo que las puntas del de adelante vuelvan rizadas sobre las lazadas postizas que van en el centro de los bandós. Por detrás se atan muy bajos los cabellos, se baten y envuelven en castaña, que se rodeará de una trenza postiza: una peina rica va colocada entre la moña y la trenza, y una cinta azul

se entrelaza por delante con los bucles y grupos de rosas que van á la izquierda.

NUM. 3. *Peinado Lucrecia*. Este peinado que se recomienda sobre todo á las jóvenes morenas, se compone de todo el pelo levantado á la romana, moña de rizos y diadema de lazadas.

Para obtenerle se separa un mechón de pelo en cada sien prolongándole hácia detrás de la oreja, y se sujeta detrás el resto de los cabellos, no muy bajos. Colócase en seguida el grupo de rizos postizos sobre la frente, la diadema de camafeos y la trenza que va encima, y se levantan los mechones de las sienes para ocultar bajo de ellos los extremos de la trenza, sujetando este pelo tambien al tronco: préndese sobre este la moña de rizos, y ya solo falta rodearla de una gruesa trenza y colocár sobre ella la peina correspondiente á la diadema. Para este peinado conviene rizar ligeramente el cabello.

NUMS. 4 y 5. *Peinado Luis XV*, formado de bandós, trenzas y mariposa sobre la castaña por detrás.

Se abre para este peinado la raya como para el primero, y se empieza por formar un bandó levantado sobre la frente, dejando una pequeña separacion para el lado derecho y un mechón en la sien izquierda: se coloca la trenza encima, cruzándola un poco en ángulo, y se levanta el mechón de la sien sobre ella formando con la punta del bandó una coca detrás de la oreja. Al lado derecho se levanta el pelo en rulo y con la separacion una lazada ó bucle, atando por detrás muy bajo el pelo y haciéndole tres partes, la mayor para una castaña, que sube poco, y para mariposa las otras dos, cuyas puntas vuelven encima á formar el retorcido ó nudo. Completan el tocado tres plumas al lado derecho con esprit y broche de brillantes, y al izquierdo una rosa con follaje.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.

1



2



3



4



5



Imp. Godard, Paris

anvier 1865.

